EL ARCO

N.º 134 Cartagena 11 Julio 1913 Año IV

Semanario Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Cincuenta números UNA pta. | Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2 | No se devuelven los originales

Apliquemos la segur a la raíz

Obligación sagrada de la prensa católica es descubrir al público los enredos y las mañas diabólicas con que se persigue a la Iglesia y se intenta anular su influjo en las naciones.

Los atropellos que sufre y el desprecio con que se la mira, reconocen por causa inmediata a los malos gobiernos y a la mala prensa. Esto es evidente; pero ¿cuál es la palanca que mueve esas dos fuerzas poderosísimas? Esto ya no es tan claro; y deben saber todos los católicos que es la masonería, hija predilecta del judaísmo, eterno e impotente perseguidor de Cristo.

Sabemos, en efecto, que la gran mayoría de los gobernantes, dichos liberales o secularizadores, lo mismo que sus auxiliadores los propagandistas anticatólicos, son tan creyentes como nosotros, y van contra nosotros no por convicción, sino por amor al «Becerro de oro», es decir, porque sus almas son muy raquíticas, y sus estómagos muy insaciables. Tienen algún parentesco con Judas y son esclavos del César. Con tal que sus negocios marchen bien y su fortuna vaya en aumento, les importa muy poco que muera Cristo o Barrabás; pero hay otros que, a todo trance, quieren la muerte de Aquél y la total desaparición de su Iglesia, y para conseguirlo válense de ellos como de instrumentos los más eficaces y terribles.

¡Los judíos y los masones! ¿qué no han hecho por aniquilar al Nazareno y borrar su nombre de la faz del mundo? Tan bien calculados son sus planes, que, a no intervenir la divina Providencia en el triunfo y conservación de la Iglesia, ésta hubiera sucumbido muchas veces.

En 1866 reuniéronse, en una de las naciones del Norte de Europa, los representantes de las «logias masónicas» de todo el mundo, y en aquel infernal Conciliábulo decidióse hacer al catolicismo una guerra incesante e implacable, «sin reparar en los medios» y adoptando en cada país los que los jefes respectivos estimasen más conducentes al fin propuesto. De aquella asamblea satánica, en la cual tuvieron representantes algunos monarcas, parte el universal y tenaz movimiento de persecución que se nota en todos los Estados modernos contra la Iglesia de Cristo. Excitar las pasiones de los gobernantes, favorecer a todas las religiones contrarias a la católica, sembrar la calumnia contra el clero en periódicos, libros y mitines, secularizar la enseñanza, agitar las concupiscencias, abusar de las debilidades de los hombres, desterrar las órdenes religiosas; éstos son los capítulos principales de su extenso programa, que van desarrollando con refinada astucia, y, desgraciadamente, con feliz resultado.

Para despertar a los católicos de España y hacerles ver el peligro que corremos, la «Liga Nacional Antimasónica y Antisemita» no ha mucho repartió profusamente un suelto, en el que da cuenta del plan propuesto por un rabino en el último Congreso de Lemberg, e inserta cartas laudatorias, en favor de dicha Liga, el Emmo. Cardenal Primado y otros muchos Prelados, los cuales aconsejan a todos los comerciantes e industriales católicos se confederen e inscriban en ella, a fin de que sus capitales no vayan a parar en manos de judíos y masones como ha pasado en Francia y otros países.

Para que se vea esto bien claro, copiamos los siguientes párrafos del aludido rabino, tal como los publica la «Liga Nacional Antimasónica y Antisemita».

«Nosotros los judíos hemos llegado a apoderarnos de la Bolsa mundial; las Bolsas de París, Londres, Berlín, Viena, Hamburgo y Amsterdan, son nuestras; por todas partes, donde los judíos se encuentran, disponen de capitales enormes.

»Todos los Estados actuales están entrampados. Estas deudas obligan a dichos Estados a dar en garantía a los judíos todas las minas, los ferrocarriles y las fábricas del Estado.

»Pero es necesario aún más, es necesario que los judíos se apoderen de las tierras, sobre todo de los latifundios. Si las grandes propiedades pasaran a manos de los judíos, entonces los obreros cristianos que trabajen allí proporcionarán a los judíos rentas enormes.

»Nosotros hemos estado encorvados bajo el yugo desde hace diecinueve siglos; pero hoy hemos llegado a ser más grandes y más poderosos que nuestros opresores. Ello es verdad que ciertos judíos se dejan bautizar; pero este hecho concluye por darnos más fuerza, porque un judío bautizado jamás dejará de ser judío. Llegará el tiempo en que los cristianos querrán hacerse judíos y entonces el pueblo de Judá los recibirá con desprecios.

»El enemigo por excelencia de los judíos es la Iglesia católica.» *He aquí por qué nosotros los judíos venimos a ingertar sobre este árbol maldito el espíritu de incredulidad, de libertinaje y de indisciplina.* Nosotros tenemos que llegar a atizar y a encender la lucha y los disentimientos entre las diferentes confesiones cristianas.

En primer lugar, nosotros tenemos que luchar implacablemente y en todos los terrenos contra el Clero católico.

»Nosotros tenemos que apoderarnos de la escuela. La religión cristiana tiene que desaparecer. «La Iglesia perderá su influencia» *en llegando a ser pobre*, y sus riquezas serán presa de Israel.

»Los judíos deben acaparar, sobre todo, el poder y los empleos. La abogacía, la magistratura y la medicina tienen que venir a manos de los judíos. Un médico judío, tiene la mejor ocasión para entrar en relaciones íntimas con una familia cristiana.

»Los judíos tienen que «poner término a la indisolubilidad del matrimonio cristiano y establecer en todo el mundo la unión civil.» Francia está ya conquista la por nosotros, y al presente se haya en turno Austria.

»Por último, «nosotros tenemos que apoderarnos en absoluto de la prensa.» Y este será el momento en que nuestro reino estará asegurado y completo.»

Ya lo han oído los católicos. Francia es hoy de los judíos; ahora está en turno Austria y lo mismo puede decirse de España, en donde la bolsa y el seguro casi les pertenecen, en donde cuentan también con populares rotativos.

Si los católicos no nos damos por bien enterados del programa masón y judío, apresándonos a una defensa enérgica, no tardará España en ser feudo de los israelistas. El poder político y aun el social, caerán vencidos ante el incontrastable poder económico.

J. F.

En serio y en broma

Dijo Iglesias (Emiliano)
en tierra compostelana:
«Si hay que morir, moriremos:
y si hay que matar... se mata.»

—

Y después en su discurso,
Lerroux, que no se acordaba
de lo dicho por aquél,
fué soltando estas palabras:
«No matarás» dijo Dios
en su ley divina y santa;
por eso solicitamos
con insistencia la gracia
para los reos de Cullera,
de un indulto, y fué lograda.»

—

Sigan pues, los «culleristas,»
los de la semana trágica,
los «apaches» parisinos
y gentes de tal calaña
los consejos de Emiliano.
¡Para ellos no es la ley santa!
Y en cambio nuestros Gobiernos
escuchen la patochada
que en pro de la impunidad
don Alejandro proclama.
La intención, caros lectores,
me parece que está clara:
si hay que matar... a los frailes
no se vacila, caramba;
mas fusilar á Ferrer
por sus crímenes... «nequaquam.

—

No es eso lo que Dios dijo;
no es eso lo que Dios manda,
pero así Lerroux e Iglesias
lo dicen y hasta le achacan
a la Justicia divina
lo que a ellos les da la gana,
llamando al castigo crimen
y al crimen virtud preclara.
Y hay imbéciles que oyen
tan estupendas burradas
sin servirle al «orador»
una gran ración de alfalfa...

EL DE LOS OJOS GLAUCOS.

Un hombre frío

No puedo comprender, ni sé cómo tratar, a esa clase de hombres que parecen estatuas de hielo; seres incapaces de conmoverse ni de indignarse, de lanzar un grito o un gemido.

Pasan por enmedio de la vida cual espectadores impávidos. Diríase que no sienten el drama o la comedia humana, insensibles para lo trágico y para lo cómico. Tienen *sangre fría*; están conservados en el hielo de su egoísmo, quizá de su indiferentismo.

Viven por encima o, mejor dicho por debajo de las pasiones. ¿Por qué no vibran? ¿Es que no sienten? ¿Es que no padecen? ¿Es que se han salido fuera de realidad, fuera de la humanidad?

No se sabe. Me intrigan como un obscuro problema metafísico matemático. A veces su impavidez, su condición extraña de refractarios al sentimiento, de impresionables, reconoce por causa el exceso de trabajo cerebral que en ellos absorbe y mata las energías del corazón, pero también ocurre que así han sido desde el primer día, desde que nacieron.

«No lloraron en la cuna;» no gritaron en la escuela; no corrieron en la infancia; no amaron en la juventud; no se desviaron jamás del sendero por donde marchan con rapidez de sonámbulos hacia la muerte. Apedreados y pinchados, no sintieron el choque de las piedras ni el punzamiento de las espinas.

¿Llevarán dentro algo que jamás nos dejan ver?

Yo he conocido un hombre así, a quien he arañado con la sátira, sin lograr sacudirle. Un día sentí una tentación diabólica, encontrándome cerca de él. Le hundí traidoramente una aguja en las carnes para obligarle a gritar, para convencerme de que vivía...

Movió sus ojos redondos y muertos de besugo; pero *no echó sangre*.

También era superior e inferior a la sangre. Y, en vez de irritarse, de quejarse, me hizo serenamente una disertación acerca de la utilidad de las agujas aplicadas a fines rectos. Díjome que eran buenas para coser, pero no para pinchar.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

¿PEQUEÑEZ?

¿Habéis visto algunas veces los sombreros o abrigos por encima de los al-